

David C. Róbinson O.

**Lo que Natura no da,
Torquemada sí presta**

Colección: Narraciones

Lo que Natura no da, Torquemada sí presta

(Cuentos)

David C. Róbinson O./
Panamá

Contenido:

Vértigo

Del béisbol a la guerra

Fiestas patrias

Cómo te gustan los teleculebrones

Vértigo

Cuando desperté estaba cayendo. Lo que yo suponía un mal sueño, resultó ser la más grave de las realidades, la más impune, la inexplicable.

A pesar de no divisar aún el suelo, sentía su rápida aproximación; el viento hacía vibrar mis orejas, provocando un zumbido que servía de aburrido fondo. La sensación del vacío parecía plegarse y formar pólipos en mis intestinos; presentía que la nada me lamía la piel.

¿Por qué? ¿Por qué estoy cayendo? ¿Acaso el aire no es únicamente para el batir de alas? ¿Acaso yo tengo alas?

El pánico me hizo vomitar un grito en cámara lenta y tercera dimensión. Un grito contrastante con el zumbido de mis orejas; era como un solista policolor acompañado por un coro monotonal. El vértigo de la caída me pareció una ola que viajaba desde las uñas de mis pies hasta la curva de mis rizos, enredándose de paso en las paredes de mi estómago. Tantos años sobreviviendo y ahora sobremuerto mi fin.

Luego de sumergirme en un banco de nubarrones, la náusea me atormentó menos. Sentí el rocío fresco envolviendo mis sienes y alejando de ellas el malestar.

Mi abuelo gustaba de caminar bajo la lluvia, alzar la cara y que las gotas después de estrellarse caminaran por el mapa de sus mejillas. Los placeres del abuelo eran los disgustos de la abuela: que si la ropa mojada, que si un resfriado, que si la pulmonía, que si el hospital, que si el cementerio. Al final la abuela tuvo razón, el viejo murió de pleuresía a los noventa años.

Aún no acabo de comprender el porqué de este viaje acelerado, del vértigo tormentoso, de la máxima inseguridad. No sé el por qué, mucho menos cómo inició. Sólo sé que ahora se divisa el suelo, el final futuro, más cerca de lo deseado.

La abuela sobrevivió nueve años a la muerte de su consorte. Nueve años de periódicas y puntuales citas médicas, nueve años de píldoras e inyecciones, nueve años donde nunca una gota de lluvia tocó algún punto de su cuerpo. Fueron nueve años extrañando la sonrisa de satisfacción dibujada en el rostro del abuelo, mientras ella con una toalla lo secaba.

El suelo a pesar de su significado y probablemente por su lejanía, se me antojaba como un inmenso óleo. Muchos tonos de verdes y chocolates competían por llamar mi atención; en el horizonte, ahora nuevo, los azules bordeaban el blanco de las nubes que parecían colosos con sus brazos alzados en plegaria. El sol llenaba de rayas blancas el croquis del cielo y de manchas negras las espaldas de las colinas.

Descubrí que, al balancearme con ritmo, convertía en música el zumbido de mis orejas. Pude desenredar las náuseas de mi estómago, luego las digerí.

De niño, junto a mi abuelo tuve la más grande de mis aventuras: un viaje en velero hasta isla Contadora. Inolvidable la danza del yate sobre el mar, los delfines saltando a estribor y la ensalada hecha con la sierra pescada en el ombligo de la tarde. Lo recuerdo parado en la proa, cortando el viento con su nariz, extendiendo los brazos y gritando:

– *Vuela hijo, vuela-*.

¡Qué tipo era mi abuelo!

Todavía recuerdo las gotas caminando despacito por sus mejillas, su sonrisa satisfecha empapando la toalla de la abuela; incluso me acuerdo de su grito en el yate.

Convencido de lo inevitable de mi encuentro con el suelo y aun así, sin ninguna desesperación, lancé un grito armónico con la nueva música de mis orejas, abrí los brazos y dejé libre mi pecho para el impacto, abrí los brazos y mis dedos rebanaron como queso el aire, abrí los brazos y grité: ¡*Abuelooo!*

Abrí los brazos lo más que pude, abrí los brazos y estos ... emplumaron.

¡Una brizna de hierba apenas rozó mi abdomen!

Del béisbol a la guerra

Teníamos que intentar dormir arropados por un charco de agua lodosa, mientras se nos arrugaba el corazón con la noticia de que en la metrópoli el eco de los aplausos, los que daban la bienvenida a los invasores, retumbaba de un edificio a otro. A la distancia del tiempo, algunos compañeros se preguntan por qué las órdenes fueron dirigirse a Cerro Azul y no a Calle 50, al pleno centro bancario de la Ciudad de Panamá. ¿No se supone que en toda guerra hay que darles una dura lección a los aliados internos del enemigo? Esos que vitorearon el paso de las tanquetas yanquis, ¿no fueron tan feroces lanzando sus insultos como los infantes de marina disparando balas? Sin embargo, un compañero me dijo que él se había enlistado en los batallones de la Dignidad para matar gringos, no para asesinar niños. Hoy, Martín explica así esos tiempos: «en esos instantes hubo quienes se convirtieron en ofidios mientras otros se tornaban Halcones».

Crecí jugando béisbol y no tirando machete como mi padre. Para él, el sol podía convertirse en un castigo. Para mí no. Nunca un juego fue suspendido porque había mucho sol. Ahora tengo frío. Ya no siento las piernas ni la mirada del comandante; las estrellas se me están convirtiendo en unos borrosos y lejanos puntos. Espero volver a jugar pelota bajo el sol...

Fuimos perseguidos por los Hummers, los satélites, los B-52, los Apaches, los aviones invisibles, los rayos Láser, las miras infrarrojas, los soldados blindados, los M-16, las tanquetas y cuanta tecnología demoníaca trajeron para atrapar a Noriega. Fuimos perseguidos por tanto aparatejo que no logró detenernos. Pudimos hacer un par de escaramuzas y nos echamos a más gringos de los confesados oficialmente. Pero muy pronto la situación se nos puso color de hormiga. Al cuarto día abandonamos el área urbana y buscamos los

bosques de la Cordillera Central. Abandonar San Miguelito no fue cosa fácil. Cada metro tuvo su costo.

Puedo ver el espacio que la onda expansiva abrió entre las ramas de los árboles; por allí veo las estrellas. De niño me gustaba mucho fantasear con ellas; ahora me recuerdan aquella época, la de los años de felicidad. También me gustaba correr con los rayos del sol chocando contra mi espalda...

Nos despertábamos con el ruido de los helicópteros. Los escuchábamos con temor. Nuestros cuerpos se iban atirantando y cualquier movimiento nos dolía; salir del fango, donde dormíamos abrazados a los fusiles, nos tomaba una eternidad. Pero sólo nos bastaba sentir un vistazo del comandante y acelerábamos las maniobras. La mirada del líder era profunda, casi filosófica; además de imponer respeto, repartía camaradería y no nos permitía olvidar que había llegado la hora de morir o matar, no obstante, de la velocidad dependió el sobrevivir. Los gringos siempre anduvieron cerca.

*Abrí los ojos y la soledad, como una gran roca, cayó sobre mi pecho; los alfileres del frío aupaban al dolor a contarme de cómo el músculo y el acero se convirtieron en sangre y chatarra. No sé el paradero del resto de la patrulla. El miedo es mi única compañía. ¿Cómo es el verso que un compañero nos recitó el otro día? ¿Palma? ¿Miedo? ¡Ah! Ya recuerdo: **“Me doy la palmadita para vencer al primer enemigo, el miedo”**. Parece que también es mi último enemigo...*

La mirada filosófica del comandante no pudo evitar la sorpresa de un tiro de mortero. Luego, otro, otro y otro más. Por suerte, sólo el primero dio en el blanco. No pudimos revisar los cuerpos tendidos y sin estar seguros de su fallecimiento, los abandonamos. El enemigo se acercaba y de no movernos ligero, lo que no hicieron los morteros lo hubiesen hecho los fusiles.

Llegada la noche, la columna subía por una trocha de la montaña tras un rastro que delató al enemigo. Teníamos la esperanza de darle un inusitado y único y último golpe al invasor. Ellos nos habían dado muchos, mejor dicho, todos los verdugazos. Sólo queríamos darles un pepazo. ¡Y nos encaminamos a propinárselos! El aire húmedo era un cóctel de lámparas de luciérnagas y violines de grillos. La sorpresa estaba de nuestra parte, esta vez los seguíamos a ellos. Los alcanzaríamos y les daríamos lo suyo. La hojarasca era una gruesa cobija que evitaba al suelo enfriarse, tampoco se enfriaba nuestro coraje. Por suerte, la oscuridad era pareja tanto para ellos como para nosotros. Por lo menos eso era lo que creíamos. El destello no fue igual para todos. Lo último que recuerdo fue esa luz...

La moral de la columna pasó de mar furioso a marea de pesares y la mirada del comandante perdió su toque filosófico. Llevábamos ocho días resistiendo a las tropas de Cisneros y lo único que habíamos logrado hasta ahora era escapar con vida. La marcha desde San Miguelito hasta Cerro Azul se nos hizo muy larga y vacía de victorias. Vimos una oportunidad de revertir lo inevitable, sin embargo, la tecnología sorprendió nuestro coraje. Por suerte, los gringos tenían mala puntería y fallaron casi todos los tiros. Pero si hubiesen atinado uno más, la columna se hubiese convertido en historia. Por eso hubo que olvidar el honor y volver a correr... rápido.

Nunca había caminado tanto. El cansancio parece un morral prendado a mis carnes. Lo peor es el hambre. Desde que comenzó la danza no he ingerido una comida completa. Pero la verdad es que, con tanta bomba y bala es mejor pensar en salvar el cuero y no en comida...

Una nube enturbia la mirada del comandante. Cuando él se alistó en los Batallones de la Dignidad, lo hizo convencido. No fue Noriega, ni cuidar un puesto de trabajo, ni buscando favores políticos; fue la patria quien lo movió. Sin embargo,

una cosa es el discurso y otra ver el cuerpo inerte de un amigo.

La invasión nos sorprendió en San Miguelito. Fue como un huracán que nos cayó desde lo alto. Los ejercicios de entrenamiento eran juegos infantiles comparados con los combates. Huir se convirtió en una estrategia inteligente. Por suerte, la gente nos ayudaba a escondernos y así escapar de una segura ejecución. Recuerdo que una abuelita cómplice me gritaba: «por aquí mijito, por aquí...»

Al final, nos enrumbamos a lo profundo de los bosques de Cerro Azul. Fuimos más cuidadosos. Ya no tuvimos otra oportunidad de golpearlos. El dolor de los amigos asesinados llegó para quedarse. Los invasores nos persiguieron hasta que rompimos filas y buscamos cómo regresar a nuestros hogares. Cada quien eligió su ruta. Una mezcla de sabores contrastantes nos inundó las bocas. Patria, dolor. Por unos días fuimos los halcones de alas rotas; dejamos en calle 50 a los que aplaudieron la invasión y buscamos la montaña para combatir a los marines. Más tarde, mucho más tarde, Martín escribirá: «Y nos quedó masticar la derrota, la humillación. Tragarnos su amargo para que nadie nos viera escupir».

Fiestas patrias

Bienvenidos a **PUNTO DE ENCUENTROS**, el mejor programa de opinión televisada. Hoy hablaremos del tema del momento: el uso de la bandera nacional en ropas y otras indumentarias. Actualmente, dicho asunto está provocando acres debates entre la ciudadanía. Es de conocimiento general, el incidente que el día 4 de noviembre del año en curso sucedió en pleno desfile patrio y de cómo su irritante desenlace sacudió el parecer público.

Con nosotros en el estudio se encuentra el Licenciado William Alvarado, Presidente del Comité Pro-Rescate de los Valores Cívicos, y la Ingeniera Alberta Ceballos, conocida defensora de los derechos humanos. Buenas noches a ambos.

Entramos en materia. ¿El uso en la vestimenta de la insignia tricolor, es una gringada o una manifestación de patriotismo? Licenciado Alvarado, su opinión por favor.

En primer lugar y en nombre de la honestidad, ¿por qué deben molestarnos las gringadas? ¿Hasta cuándo vamos a culpar a los gringos de nuestras desventuras? Además, el hombre es familia del mono y siempre que vea algo que le agrade, lo copiará; es parte de su naturaleza. Pero, aparte de ese veneno innecesario, el detalle funesto consiste en que copiamos lo menos conveniente. El uso incorrecto de la bandera, eso que ahora quieren llamar patriotismo, no es más que ganas de figurar. Miren pues, cómo se dieron los acontecimientos del pasado cuatro, precisamente, el día de la bandera. El muchacho vestido con un suéter con los colores de la bandera y al final, la sorpresa. En nuestro país las leyes sobre qué hacer y qué no hacer con la bandera son bien claras. La insignia patria no se puede usar en vestimentas ni en nada parecido. Alguno dirá que son

leyes con unos cuarenta años de atraso; que fueron escritas cuando en el mundo y en Panamá había respeto por los símbolos patrios; y que hoy en día nadie siente esa veneración, por lo menos no con aquel fervor. ¡La de los Estados Unidos a cada rato la queman! Hay quien afirma que la Ley debe adecuarse a los tiempos para que los jóvenes puedan usar la bandera en vestidos y zapatos. Puede ser cierto ese argumento. Pero mientras no se derogue la Ley, hay que respetarla.

Gracias Licenciado. Damos paso a la primera llamada de nuestros televidentes. Desde Alcalde Díaz, adelante.

Buenas noches. Los panameños hemos creído que ser finos es escondernos y como la moda de la bandera surge de lo más entrañable de nuestro pueblo, nos parece vulgar e incorrecta. El imperio ha hecho tan bien su trabajo que sentimos culpa por nuestra espontaneidad. Gracias.

Gracias a usted amigo televidente. Ha llegado el momento de escuchar a quienes nos hacen posible llegar a sus hogares. En breve regresamos.

“LOS MEJORES CASINOS DEL PAÍS. AMERICAN ENTERTAINMENT, LA MANERA MÁS DIVERTIDA DE PASAR LA NOCHE. AMERICAN ENTERTAINMENT ES IGUAL A RELAX Y QUIZÁS, HASTA LA MÁS GRANDE DE LAS FORTUNAS.”

De regreso a nuestros estudios. Ingeniera Ceballos, ¿gringada o patriotismo?

Ante todo, buenas noche amigo Ovalle y gracias por invitarme a este prestigioso foro. Si bien es cierto que la legislación vigente en nuestro país no permite otro uso de la bandera que el de representar con sus colores a la nación en lugares y actos oficiales, también es cierto que lo actuado por

la policía sólo puede ser calificado de exabrupto. El muchacho involucrado no tenía por qué ser desnudado ni exhibido en plena vía pública. En la escuela secundaria, luego en la Universidad, me dejé guiar por un axioma que me resultó siempre muy útil: entre más incapaz es un profesor, más estricto y celoso suele ser para que se cumpla la disciplina y el orden, aunque el despliegue de orden y disciplina se verifique en verdaderas idioteces. ¡En la Universidad algunos fueron solemnemente maniáticos en lo de la Lista de Asistencia! ¡En la Universidad te regañaban si no entregabas un trabajo o perdían la paciencia con gente que, como yo, escribía con tinta roja! Nuestro Jefe de Policía parece que sufre del mismo trastorno de compensación: lo que Natura no da, Torquemada sí presta. A él no le preocupa con exageración que lo recuerden como el impulsador del nuevo sistema de seguridad pública panameña; ni lo desvela mucho la idea de pelearse a dentelladas con el Consejo de Gabinete por un mayor presupuesto; ahí sólo tendría que cuidarse de la Vasta Primera Dama. No, su apoteosis será el fiel cumplimiento del Decreto Tricolor, mediante el cual se penaliza el uso inadecuado de los emblemas patrios. Entiendo que algún ministro propondrá un decreto similar, penalizando el mal uso en territorio panameño...de la bandera de Estados Unidos.

Gracias Ingeniera. Enseguida, paso a los televidentes. Desde Betania, adelante.

Aló, aló...

Adelante, la escuchamos...

Buenas. Pienso que depende de las razones por las cuales la persona lleva tal atuendo. Si el motivo es exaltar los valores patrios, Ok, podemos darle un par de puntos. Si es sólo porque los colores combinan con un buen jeans,

entonces estamos mal. Ciertamente que los gringos utilizan la bandera hasta en los calzoncillos, pero en realidad su patriotismo se fundamenta en el número de guerras peleadas y en la cantidad de cohetes quemados el 4 de julio. Generalmente, los americanos se molestan por el trato dado a su bandera; cuando ven a un grupo de protestantes quemarla, lo más probable es que se enojen y así tienen la excusa para no darle una respuesta a los manifestantes. Usar los colores patrios enaltece nuestras raíces. Nuestro sistema educativo nos enseña, por lo menos a mí me enseñó, un profundo amor a la nación. Aún recuerdo lo que sentí cuando vi la Bandera Nacional ondear sola en el Administratichon Bilingüe de la Pan Canal Comichon; todavía se me eriza la piel al recordar ese momento. Jamás en mi vida había cantado nuestro Himno Nacional con tanto pulmón y lágrimas en los ojos. Ese día más que nunca me sentí honrada de ser panameña y hubiese dado cualquier cosa por llevar puesto nuestro emblema patrio. Ahora bien, hay que tomar en cuenta que las generaciones futuras, no tendrán la base nacionalista porque no sufrieron que un MP te parara y te impidiera el paso en la Zona. Ellos no sabrán lo que se siente ser extranjero en su propio territorio. Por eso debemos mantener el respeto a nuestro emblema patrio que sólo debe estar en lugares preferenciales, y ser visto en su esplendor, pero sobre todo con el respeto que se merece. Gracias y buenas noches.

De inmediato damos paso a otro televidente. Adelante Pacora.

Me parece que se debe defender nuestras raíces, nuestra identidad sin caer en falsos nacionalismos. Mejor pensar en hacerle el amor al mundo, por lo menos mentalmente. Un abrazo.

Muy interesante las opiniones de los oyentes. Licenciado Alvarado, ¿el irrespeto a la bandera justifica el irrespeto al individuo?

Por supuesto que no. Pero la patria merece respeto y también amor. Vestirme con los símbolos patrios, me parece una fantochada y no una demostración de orgullo y amor por la patria. El verdadero amor por la patria excluye los deseos de lucirme a costa de sus colores. Si tanto amor le tienen a la bandera, ¿Por qué permiten que en los lugares públicos flamee rasgada o sucia o dejan que se moje? ¿Por qué juran amarla, respetarla y defenderla como símbolo sagrado de nuestra nación para luego incumplirle?

Tenemos nuestra siguiente llamada. Adelante desde Parque Lefevre.

¡Cien por ciento de acuerdo con usar la bandera en la ropa! Si imitamos a los gringos en tantas cosas malas, ¿Por qué no en lo bueno? Que la gente quiera andar con la bandera en el pecho, en el carro, en su cabeza, en donde quiera, me parece excelente. Antes, perdón por la yeyesada, pero es real, usar la bandera de Panamá era maleantoso. Ahora es hat y eso es rareza.

Otra llamada. Desde Santa Ana, adelante.

Hola, hola, ¿me escuchan?...

Por favor baje el volumen de su televisor que no lo escuchamos bien. Ahora sí, hable.

Creo que la gente está desenfocada con eso de la bandera y la ropa. Con razón ni nos conocen en el mundo. Cuando viajo me preguntan si somos un puerto o una zona franca y sin

mentirte, hasta me han preguntado: “¿Ah eres del Canal de Panamá?”. Unos italianos en Cuba me dijeron: “Panamá queda cerca de Costa Rica, ¿verdad?” Me dio coraje, conocían ese pueblón vaquero y no el puente del mundo. Y es que los huevones ticos llevan sus t-shirts patrios por todas partes y no hay turista al que no les vendan esos suéteres de su bandera con ese dibujo de los pericos pendejos. No creas que no gusto de los ticos, es sólo un ejemplo. Aunque siempre estaré defraudada por el robo de Coto. Claro que fue con la ayuda de los gringos. Ni módulo... dijo el astronauta. Chao.

Señores televidentes, moderación por favor. El pueblo costarricense merece todo nuestro respeto y no podemos aplaudir que se expresen de ellos en tono denigrante. Antes de darle la palabra a la Ingeniera Ceballos, otra llamada. Adelante Chilibre.

A mí la verdad no me parece una falta de respeto usar los colores de la bandera o la bandera en sí como prenda de vestir. Total, ya otros han hecho con el país peores cosas...

Ingeniera.

Permítame insistir en el papel del Jefe de Policía. Todos recordamos, sin mucho entusiasmo, que hace como un año buena parte de nuestra población sufrió un caso severo de alucinación colectiva: veía a Panamá clasificada para el próximo Mundial de fútbol; la llamada Marea Roja. En los juegos que se sufrieron en el Estadio Rommel Fernández, del cual dirán lo que quieran, pero nadie negará lo bien habilitado que está para la explotación de arroz en fanguero, era bastante común ver jovencitos y jovencitas con la bandera panameña pintada en sus sudorosas caras. Por fortuna, al Director del Instituto Nacional de Deportes no se le ocurrió prohibir el asunto argumentando que era

un irrespeto que nuestra enseña patria ocupara el mismo espacio que el acné de la jovencita o que una de las orejas del jovencito colindara con impudicia con una de nuestras emblemáticas estrellas. Es obvio que el Jefe de la Seguridad Pública no se percató del asunto, a Dios gracias. Por favor, ¿a qué es lo que le teme? Me imagino que a lo mismo que recelan la Santa Sede y los más recalcitrantes Académicos de la Lengua: temen que el uso y la costumbre se impongan sobre lo normado. Por ejemplo, si seguimos pintándonos banderas en nuestras caras, de aquí a un par de decenas de años es posible que las estrellas sean substituidas por orejas; por cierto, sería un excelente emblema para cualquier Servicio de Inteligencia. No te rías Ovalle, pero ¿verdad que suena ridículo? El Decreto Tricolor, firmado y promulgado por el Ministro de Gobierno y Justicia, quien a la sazón ni siquiera se deja ver, prohíbe que las bandas toquen tonadas que no sean nacionalistas o marciales. ¡Claro, como tenemos una tradición militar que nadie discute: ¡Esparta, Prusia y Panamá, la trilogía de la guerra! ¿Y qué es música nacionalista? ¿Mariana Soba o La cabalgata de las Walkirias? ¿Qué es más panameño, el ritmo lúdico o el marcial? ¿El meneo de caderas o el paso de ganso?

Gracias Ingeniera. Damos paso a otro televidente. Pedregal, adelante.

Estoy de acuerdo con la Ingeniera. Además, que los gringos usen su bandera en camisetas no significa que sea una costumbre que hay que arrogársela necesariamente a ellos, ¿o sí?

Momento para una pausa. Regresamos enseguida.

“CRAYSY COLA, LA BEBIDA QUE TE PONE EN ONDA, PARA EL CALOR NADA HAY COMO CRAYSY COLA.”

De regreso y de inmediato paso a un televidente. Adelante Samaria.

Hola, hola, buenas noches, la verdad estoy de acuerdo con el señor. Eso de estar vistiéndose de bandera es una soberana pendejada.

Pedimos nuevamente a los televidentes controlar su vocabulario. Tenemos otra llamada desde San Joaquín.

A mí esa fiesta del jalowín no me gusta, no le veo ná. La fiesta gringa que a mí sí me gusta es esa de tansguívin. Esa sí que es una fiesta prity. Yo tenía un amigo solda’o, que siempre me invitaba a la fiesta de tansguívin en su casa. Yo siempre iba, porque esa fiesta sí me gusta, es muy bonita y ta en sontin. Tú llegabas a la casa, ahí ´taba la familia reunida y ahí mismo, en la sala, había como tres culers llenos de cervezas bien frías...Ahora se fueron los soldaos y se acabó el tansguívin. ¡Ey, man! ¡Qué regresen los soldaos!

¿Alguna idea de sobre qué está hablando el televidente?
Licenciado Alvarado.

Ovalle, no sé exactamente las intenciones del señor televidente, pero te puedo decir que él, al ir a una fiesta gringa estaba cumpliendo con uno de nuestros más caros atributos: el fiestar, sobre todo si no nos cuesta. Iba al "tansguívin" como los jóvenes de antes íbamos a los naitafones. En fin, regresando al tema original, lo que motiva lucir como prenda de vestir una bandera, panameña o estadounidense, no es amor a la patria si no ganas de tener el más lucido vestido de fiesta. ¿Y eso no es vanidad?

Tenemos pendiente un cambio comercial. Ya regresamos.

“SPICE CHIKEN, LA MÁS DELICIOSA COMIDA. NO HAY HAMBRE QUE LA RESISTA.”

De vuelta con las dos últimas llamadas. Primero, Juan Díaz.

La ropa con banderas gringas está de moda desde antes de la catástrofe del 11 de setiembre, pero ese hecho disparó las ventas una barbaridad. Hay bastantes jovencitas con topcitos con la bandera de Estados Unidos en sus pechos. A mí, en lo particular, me resulta tremendamente desagradable, y confieso que mi libido ni se da por aludido al ver a las jóvenes portaestandartes. Pero no se me ocurriría regular el uso de esas prendas de vestir en beneficio de nuestro nacionalismo. Si tuviera una hija creo que ella no la usaría, pero no porque yo lo haya decretado, sino porque a lo largo de los años se habría formado en un ambiente en donde no se le ocurriría siquiera lucir una bandera que no fuera la suya. Creo que un porcentaje significativo de las muchachas que lucen las barras y las estrellas en sus tórax, no lo hacen porque adoren a los gringos ni porque sientan solidaridad por las víctimas del 11 de septiembre. Sencillamente está de moda. Algunos jóvenes góticos se visten de pardo y de negro y usan cadenas gruesísimas en sus frágiles muñecas y escuchan música tranz en sus reiv partis, no porque sean inadaptados o neofascistas, ni siquiera porque anhelan vibrar con el Éxtasis: Sencillamente está de moda. Me pregunto cuántos conductores que colocan banderas en sus autos lo hacen por nacionalismo, por un auténtico orgullo de ser panameños.

Gracias al televidente participante. Ahora, la última llamada desde La Chorrera.

Para mí no tiene ninguna importancia si se pintan el cabello de rojo, blanco y azul o si se venden bikinis con los colores de la bandera. Mejor harían el Ministro de Gobierno y Justicia y el Jefe de la Policía en solicitar al Ministro de Educación que promueva una enseñanza en Historia Nacional que no sea una repetición autista de fechas y nombres. Ellos deben preocuparse por la educación, ya que están en condiciones de tomar decisiones, de hacer historia. Y los profesores, en hacerse historia, buena historia, en la mente de los estudiantes.

Para concluir, Ingeniera Ceballos.

La primera semana de noviembre la pasé dictando un seminario internacional. Hubo hombres y mujeres de doce países diferentes. Salieron el 3 y el 4 a ver los desfiles patrios y estaban fascinadas y fascinados por el colorido, la cantidad de gente y el ambiente de fiestas. Algunas me decían que nunca habían visto algo así, e incluso, un par de guatemaltecos compraron camisetas con la bandera panameña al frente, en la noche fueron al Cosita Buena para completar la ración de panameñidad. Decían, "qué bonita es la bandera panameña, cómo me gusta la música panameña". Están gratamente impresionados con el carácter tan abierto de los panameños, de nuestros mares, de nuestra cocina, de nuestra etnodiversidad. Yo me pongo pechona cuando escucho esos comentarios, y eso me cura de los suéteres con banderas gringas y de Ministros y Jefes de Policía con sobredosis de bandera panameña.

Licenciado Alvarado, su turno.

La bandera hay que amarla y amarla significa respetarla. Recordemos los acontecimientos del 4 de noviembre. Un joven vestido con un suéter cuyos colores y diseño eran los de la bandera nacional es detenido por agentes de policía; el

muchacho opuso resistencia al arresto y en un intercambio de empujones la prenda de vestir fue rasgada y el reo quedó medio desnudo en mitad del desfile, lo cual provocó un motín callejero. El oficial a cargo, al ser interrogado, confesó seguir órdenes expresas que le indicaban arrestar a cualquier infractor del Decreto Tricolor; luego el Jefe de la Policía añadió que estuvo muy bien que le desgarraran la prenda de ropa. Abuso policíaco, puede ser. Pero no podemos olvidar lo que las cámaras de esta televisora presentaron a todo el país; el susodicho joven sobre su tetilla izquierda, muy cerca del corazón, tenía tatuada una bandera de los Estados Unidos de América. Entonces, ¿de qué amor a qué patria estamos hablando?

Hasta aquí su programa PUNTO DE ENCUENTROS. Se despide de ustedes su amigo de siempre Franklin Ovalle, no sin antes sembrar la siguiente inquietud: vestirse con los colores de la bandera, ¿gringada o patriotismo?

Cómo te gustan los teleculebrones

Mamá, te vas a enojar. Hoy, por transmitir lo de las torres gemelas, no van a pasar las telenovelas. Hoy no tendrás nada con qué contentarte y no habrá excusa para nuestra habitual charla. Aunque, podemos hablar de las noticias. ¿Qué te parece? ¡Hablemos! Tú no serás hablantina, pero sí muy auditiva. Te gusta escuchar. Así que, como siempre, sí podremos tener nuestra conversa.

Hace cuarenta años me trajiste al mundo y hace más diez que me echaste de tu mundo. En realidad, echaste a todo el mundo de tu mundo. No, para ser honestos, nos echaron de tu mundo. Por eso, el que me escuches comentarte las telenovelas es tan importante. Es el ratito que me atrevo a entrar a tu mundo. Pero hoy te hablaré de las torres, no de las novelas. No te platicaré ni de besos ni de intrigas. No te mencionaré a ningún hijo de patrón prometiéndole el cielo y las estrellas a una empleada doméstica, ni describiré a una amante fogosa en busca de infidelidades. No te conversaré del tipo que se hizo rico de un día para otro y que quiere tomar venganza por un amor traicionado. Deseo hablar de las torres. Hoy, mañana y los días que sea necesario.

Esta mañana Colón Buay me fue a buscar a mi rincón en la oficina para contarme de un ataque aéreo a Estados Unidos de América. ¡Miércoles! Con todo y su escudo anti-misiles. No le creí. ¿Quién iba a pensar posible que alguien osase robarle los huevos al águila? ¡Ja! No sólo se los hurtaron, se los estrellaron en la cara.

Me reuní, frente al televisor, con el resto de mis compañeros, justo en el momento que el segundo avión arremetía contra la segunda torre y como para demostrar que las cosas sí pueden empeorar, al poco rato, vimos desplomarse a las dos gigantonas y convertirse en una

polvareda obstinada en cubrir toda la ciudad de Nueva York. Tuve la impresión de que el polvo también pretendía derramarse por la pantalla del aparato y llenar nuestra oficina.

A ti, supongo, ya no te importan los acordes de la geopolítica. Antes sí, ya no. Es más, estoy seguro que, a esta altura del partido, te vale un bledo que George W. Bush lllore ante las cámaras y lance cuatrocientas cuatro amenazas. Desde tu incidente cambiaste mucho. Pero tenemos que conversar de algo hoy. No podemos romper la costumbre, sabes muy bien lo que dijo el médico. ¿Y si a pesar de tus gustos, hablamos de la noticia? No te creo capaz de levantarte de tu lecho, darme la espalda y marcharte dejándome con la palabra en la boca.

Dicen que el incendio llegó a los 1 000 grados centígrados. Con razón esa gente prefirió lanzarse desde lo alto, matarse de un solo porrazo y no enfrentarse a un adelanto del infierno. ¡Morir o morir, he allí el dilema! Eso de escoger la forma de perecer me llama la atención. En especial, esa pareja cuyos cuerpos aplastados fueron hallados aún tomados de las manos.

¿Sabes? Llevo más diez años esperando que manifiestes la alegría que te da verme. Pero eso no ha ocurrido; así que hoy, que no te voy a dar razones para sonreír, espero que no llores. Sé muy bien que antes llorarías de pura rabia. Hoy no lo hagas. Aunque de repente, lo que dice la televisión sobre lo que pasó con las torres te va a recordar alguna de tus telenovelas.

«Un avión de pasajeros se estrella a las 12:45 horas GMT contra una de las Torres Gemelas. 18 minutos después otra aeronave colisiona contra la segunda torre. Ambas torres se derrumban. Una hora después

una tercera aeronave se estrella contra el Pentágono. Parte del edificio se derrumba. Otro avión se estrella en Pennsylvania. Este ataque es considerado el mayor acto de terrorismo de la historia estadounidense. El presidente George W. Bush promete capturar a los responsables.»

Ese tipo Osama es un berraco. Sí es que fue él el de la vaina. Porque muy bien pudo ser la gente de ese otro, el de la bomba en Oklahoma, el tal Macbein. ¡Cómo sea y el que sea, les dieron a los gringos en toda la jeta! Mejor dicho, en el bolsillo. Lo que debe arderles en las tripas es que ellos mismos lo entrenaron.

Con el cuento del anticomunismo lo vistieron, alimentaron, entrenaron y armaron. Veo en tu mirada, mamá, que te recuerda a alguien. Me imagino que se trata de nuestro queridísimo amigo Tony. Ellos también vistieron, alimentaron, entrenaron y armaron a Noriega. Cuidado y fueron socios en el tráfico de porquerías. ¿Cómo es que se llamó el escándalo? Irán-Gates si no me equivoco. Pero al tal Osama se lo va a llevar el mismo diablo. Pensándolo bien, quizás no. Noriega está en una cárcel que bien puede pasar por un hotel y está lejos de los narcos que a lo mejor quisieran despellejarlo. Puede hablar con sus familiares y elevar sus oraciones al Señor. Quienes no pueden hacer lo mismo son los muertos de la Invasión. Tú tampoco.

A propósito. Hoy te salvaste, hoy sí van a pasar las telenovelas. No te me impacientes. Ya te acomodo. ¿Quieres que te resuma el capítulo anterior? Claro que quieres. A ver, a ver, más o menos la cosa fue así. El novio de Marlene, la hija de una de las empleadas de los dueños de...

«Siete de los secuestradores recibieron entrenamiento de pilotos en Florida. El secretario de Estado, Colin Powel, apunta a Bin Laden como principal sospechoso de los atentados.»

El cuento me parece conocido, ¿A ti no? Recuerdo el machetazo de Noriega, la muerte del teniente gringo y las bombas en El Chorrillo. A los talibanes les viene lo peor. Mejor dicho, a los afganos. Mejor dicho, a los niños y mujeres afganos. ¡Siempre los inocentes!

¿Recuerdas cuando andabas de manifestación en manifestación con tu pañuelito blanco? De verdad que eras antinorieguista hasta los huesos. Yo no. Más bien yo no era ni fu ni fa. La única vez que te acompañé a una marcha fue aquella que venía desde Las Cumbres y pasaba por San Miguelito. Al llegar al paso elevado vehicular, fuimos atacados por una turba armada con varillas de hierro. Apenas si tuve tiempo de arrastrarte y subirte a un bus de Paraíso. Esa vez sí pude salvarte. Ahora te voy a volver a salvar. Voy a encender la tele y veremos la novela...

«Bush acusó a Bin Laden de ser el "principal sospechoso" y anuncia una "acción arrolladora, continua y eficaz" contra los autores.»

El famoso «Viernes Negro». Venía del Valle de Antón y me bajé en la antigua Terminal de Avenida B. No había buses y así que me tocó caminar hasta la Vía Porras, al otro lado de la ciudad. Los guardias estaban repartiendo tolete a diestro y siniestro. Vi como arrestaban a mucha gente. Aún guardo la imagen de un gordito vestido de blanco al que estrellaron contra la defensa de la patrulla. Esa tarde me encontré a Demetrio en la Avenida Perú. ¿Recuerdas al Indio López? Siempre de curioso. De a vaina la guardia no lo agarró a palos. Esa vez se salvó. A ti una comadre te rescató del embrollo.

Bueno, ya voy, no me apures. La tele, lista; tú, lista también; la novela, lista. ¡Mira pues! El Andrés confesándole a su madrastra que está loco por ella...

«Los talibanes cierran el espacio aéreo afgano y amenazan con derribar todo avión que lo viole. Bush reclama a Bin Laden "vivo o muerto.».

Lo máximo fue el saqueo. Al principio, tenía asco de involucrarme en el asunto, pero no resistí la tentación y un chinito pagó mi rendición. Después fue la Nestlé y fueron cajas y cajas de alimentos. Nos alimentamos de cajetas y latas por muchos meses. ¿Recuerdas que dijeron que los gringos iban a revisar casa por casa? Escondí tan bien la mercancía, que ocho años más tarde encontré en un rincón una lata vieja y oxidada. Después de todo, durante el saqueo no vi a ningún army cuidar la ciudad. Si vi a un grupo de muchachos saqueadores pelearse por los condones de una farmacia.

Bien. Un clic y estamos listos para el teleculebrón. ¿Sabes que hoy la vieja loca, la famosa doña Cleme, le fue con el chisme a don Jacinto de que Pedrito no es hijo suyo...?

«EU moviliza más de cien aviones de combate hacia el Golfo Pérsico. Bush exige a los talibanes que entreguen de inmediato y sin negociación a Bin Laden.»

Dicen que si los talibanes se van a las montañas pueden durar muchos años en guerra. Aunque me imagino que ya no van a ser los gringos quienes les vendan armas. Y digo vender porque los gringos no hacen nada gratis. Estoy seguro que Bin Laden no les dio más que la excusa para adueñarse del petróleo de la zona. Hablando de excusas, hay que prender la tele. Ayer el Joaquín se fugó con la muchachita de los Flores y éstos, con la excusa de la fuga...

«La Unión Europea considera que es "legítimo" que Estados Unidos tome represalias por los atentados del 11/9 y se declara dispuesta a participar en "acciones precisas.»

Noriega se sentía todo poderoso. Como les dio en la cocota a Macías y a Giroldi cuando ellos quisieron darle un golpe de estado. El día del giroldazo, por encima de la casa, pasó un helicóptero de la Fuerza Aérea Panameña. A los pocos minutos un helicóptero gringo lo escoltaba de regreso a su base. Los vecinos comenzaron a saltar y aplaudir, hasta tú saltaste y aplaudiste. Creían que por fin se había terminado la pesadilla. Yo no. A las horas Noriega apareció en público. La escaramuza fracasó. La crisis continuaba. Igualito que en tu novela. Mira ve, la Aichel celando al marido cuando todo el mundo sabe que lo quema...

«Bush anuncia que ha congelado todos los bienes en Estados Unidos de 27 entidades, incluidos los de Bin Laden y su grupo y varias ONG, que puedan estar apoyando las tramas terroristas.»

Para la Invasión hubo cosas desagradables. Y también cosas más desagradables. La escena en la televisión de la gente aplaudiendo en Calle Cincuenta mientras agitaban la bandera panameña. El tipo que se puso a gritar que este pueblo era marcista refiriéndose a que eran seguidores del general Mark Cisneros. Las muchachas y los soldados engendrando niños en las tanquetas. Los retenes. Nada fue tan horrible como los retenes. Fueron tan horripilantes como tus telenovelas. Discúlpame. Ahí te dejo la tele encendida. Vuelvo dentro de un rato...

«Dos generales de la Fuerza Aérea estadounidense han sido autorizados por Bush para dar la orden de derribo de aviones con pasajeros que amenacen a ciudades norteamericanas.»

En la Invasión murió mi amigo Demetrio, el indio López. Su curiosidad lo desapareció en el incendio de El Chorrillo. Al enterarme de su muerte fui a la ciudad. Cuando pasé el cementerio Amador y bajé por Calle 27, un olor a carne quemada me revolvió el estómago. Allí me enteré que a Manuel lo mataron en un retén. ¿Qué quien era Manuel Becerra? El gigante que vendía especias, aquel al que le hicimos como tres fiestas de despedida, porque supuestamente se iba para los Esteits. Tú también tuviste tu rollo en un retén. No hay telenovela que recoja tanto dolor. Permíteme tomar tu mano mientras la vemos.

«La OTAN invoca la cláusula de defensa mutua tras recibir pruebas de Estados Unidos sobre la complicidad de "Al Qaeda" en los atentados. Bush descarta cualquier negociación con los talibanes y exige la entrega de Bin Laden. El embajador talibán en Pakistán insiste en que no entregará a Osama sin pruebas.»

¡Pobres las mujeres y los niños afganos! Les van a aplicar la misma tecnología de bestias que nos aplicaron. Por eso, entiendo tu afán por los teléculebrones. Es tu forma de ocultar el dolor. Ese día yo estaba fuera de casa, así que todo me lo contaron. Me dijeron que tu comadre te fue a buscar y que en el camino se tropezaron con un retén. Y a ti se te ocurrió bajarte del auto para reclamarles. Tu comadre no pudo salvarte de los gringos. Y yo no estaba allí para salvarte de ti misma. Por eso comprendo por qué insistes en las telenovelas. Es una forma barata de anestesia. Oye mamá, ¿Quién será el tipo que persigue a Marianita? ¿Será Juan Antonio, el que desapareció en la mina...?

«La OTAN acepta dar ayuda militar a Estados Unidos. El presidente Bush anuncia un ataque inminente sobre Afganistán, una vez que terminen

viajes por la zona del secretario de Defensa de EU, Donald Rumsfeld y del primer ministro británico, Tony Blair.»

Noriega y Osama fueron amamantados por las mismas ubres de loba. Los colmillos de esa perra ya destruyeron a Noriega, algún día lo harán con Bin Laden. Sí es que mantenerlo vivo no es el verdadero negocio. Y en ese negocio, gente como tú y los niños afganos pagan el precio.

La noche del 20 de diciembre de 1989 me despertaste y me dijiste: “Estamos en guerra”. Salí a la calle y sentí pasar sobre mí, por allá arriba de las nubes, a los aviones que iban a bombardear el aeropuerto de Tocumen. Días más tarde me enteré de que mataron al abuelo de Daniel, el señor murió dormido en una barraca de la Fuerza Aérea Panameña; a propósito, cómo pasa el tiempo, antes Danielito era el pequeñín de la calle y ahora ya no tiene nada de pequeño.

¿Estará escrito el destino? Recuerdo que tres vecinos, Nico, el hermano de Yirza y yo, salimos a dar una vuelta. Cado uno por su lado y por su ruta. Nico se dirigió en su moto al centro de la ciudad, el hermano de Yirza enrumbó su carro hacia Chilibre y yo pedaleé con mi bicicleta hasta la 24 de diciembre. Sólo yo regresé. Quizá ellos tuvieron un encuentro cercano y letal con los retenes. Con la espera, te di el susto de tu vida. Días más tarde, tú me darías el mío. Todavía estoy asustado.

No pude salvarte. Les reclamaste a los invasores en un retén. Dijeron que amenazaste la seguridad del soldado que te inquirió en inglés a detenerte. Bastó una ráfaga de metralla para que tu inquietud de protesta te la cambiaran por tu afición a las telenovelas.

Tu comadre sólo pudo ver, llorar y acompañarte al hospital. A veces viene a ver la televisión contigo. Yo no pude salvarte, ni siquiera estaba cerca. Ahora, casi todo el tiempo, estoy fuera de tu mundo y para poder entrar a él, por un rato, me siento a tu lado y te comento las telenovelas. Gracias a una bala en tu cráneo, llevas más de diez años tendida en una cama sin poder hacer otra cosa que ver teléculerones. El día que comiencen a caer las bombas, ¿Cuántos niños afganos terminaran como tú?

«El presidente de Estados Unidos de América, George W. Bush, convencido de que el régimen talibán no tenía la intención de entregar a Osama Bin Laden, considerado responsable de los atentados contra Nueva York y Washington, lanzó hoy los primeros ataques contra Afganistán.»